

LA UNIDAD DE LA LENGUA

Es indudable que las lenguas que se hablan en Cataluña, Baleares y Valencia, son una misma. Sobre esto no hay discrepancia alguna. Podrá haber variantes dialectales, y no muchas, ni muy hondas, producidas por la diferenciación de vida en cada una de estas regiones, y el abandono en que se ha tenido el habla en los pasados siglos, sin centros culturales que preservasen de tanto elemento extraño como la corrompían; pero nada más.

Sentada esta afirmación de que es la misma lengua la que se habla en las tres regiones citadas, debe procurarse por todos los medios posibles, aunque sin «imposiciones centralistas», suavizar aquellas diferencias dialectales, dirigiendo así todos los esfuerzos a conseguir la unidad del idioma.

Se han hecho algunos trabajos en este sentido en Cataluña, pero se han hecho mal; es decir, se han llevado a cabo con sólo miras al habla de aquel territorio. El «Institut d'Estudis Catalans» creó una sección de lengua, al

frente de la cual se hallaba don Pompeyo Fabra, una autoridad lingüística de justísimo renombre, con auxiliares tan eficacísimos como los filólogos Mosén Griera, Barnils, Nicolau y Montoliu, y esta sección, con arreglo a los más modernos adelantos y disponiendo de todo el material científico necesario, fijó unas normas generales, no sólo para Cataluña, sino para todos los territorios en que se hablaba la misma lengua (Valencia y Baleares), normas en las cuales, según Pompeyo Fabra, se habían hecho concesiones al habla de las tres regiones, pero que en realidad de verdad no satisficieron por completo ni aún en Cataluña, pues se levantaron frente a ellas lo más granado de los escritores viejos, de los consagrados, y de algunos otros de menos edad, y crearon la Academia de la Lengua Catalana.

La Dictadura echó abajo el «Institut d'Estudis Cataláns», y la difícil situación por que ha pasado el regionalismo en estos últimos años, dió también en tierra con la citada Academia. En la actualidad, pues, falta ese organismo superior, absolutamente necesario para que cuide de «limpiar, fijar y dar esplendor» a nuestra habla, y ninguna ocasión mejor que ésta para intentar la formación de un organismo que reúna a Cataluña, las Baleares y Valencia.

Por fortuna, en las tres regiones hay filólogos competentes. De Barcelona ya hemos citado a Fabra, Barnils, Nicolau, Griera, Montoliu; en las Baleares está el indiscutible Mossén Alcover y don Francisco de B. Moll, y en Valencia el P. Luis Fullana y don Luis Revert. Estos, entre los más salientes. Y con todos estos técnicos en filología, procurándose que fuera siempre la cabeza y no el corazón ni el amor propio la que mandase, no había de ser difícil trazar un camino que condujese, en día no lejano, a la deseada unidad, y desde luego se conseguiría poner un dique a la corrupción de la lengua.

Este organismo resultaría mucho más útil que la representación que se concedió por el Gobierno en el seno de la Real Academia Española, cuyo «rip» acaba de decretarse con general aplauso.

15 Mayo 1930.